

Sábado, 07 de Mayo de 2005

REPORTAJE:

PROFESIÓN: DEALER

¿Qué hay en la cabeza de alguien que un día decide vender drogas para surgir en la vida? dependiendo de la droga, y de lo que quiera de la vida, Más o menos esto.

Por Werne Núñez

Plaza Ñuñoa. Jueves, 20:43. Marco el número. Es un celular. Me lo dio un amigo. Adicto. "¿Quién?", dicen al otro lado. El tono es seco. Apurado.

Habla Werne. ¿Quién? Werne. No te conozco. Soy amigo de Arturo. ¿Qué Arturo? Arturo. Ah, ya, está interesado en los discos que tengo, ¿cierto? Sí. Tengo de 20 minutos no más eso sí, pero se escuchan filete, ¿dónde está? En la Plaza Ñuñoa. Ya, ¿y cuántos? Eeehh... ¿pero se escuchan bien, están buenos? Puro filete alita de mosca, compadre, ya te dije, ¿cuántos? Uno. ¿Uno no más? Dos entonces. Ya, espérame sentado en la Plaza frente a La Batuta y llámame en 15 minutos. Vale, chao...

Trece minutos después un auto blanco, pequeño y polarizado, se detiene frente a mí. El tipo, joven, gordo y con anteojos oscuros, me apunta con la mirada. Soy yo, él lo sabe. Y yo también sé que se trata de él. El "dealer".

COCAÍNA

"La falopita se paga solita"

Pablo C., el hombre del auto blanco, tiene 28 años, una novia, una amante, una ex, una hija, un auto y una moto. También un departamento, un minidisc, un Mac que no usa y tres tarjetas de una cuenta que sacó cuando trabajaba con terno y corbata y ganaba diez veces menos de lo que gana hoy. Hace seis años que Pablo C. es un dealer de cocaína. Antes ganaba \$200.000 mensuales vendiendo créditos de consumo en una financiera. Trabajaba de lunes a viernes de 8 a 18, con media hora de colación. Tenía una esposa y una hija y, como pueden suponer, la plata no alcanzaba y el tiempo no pagaba. "Ahora trabajo tres o cuatro horitas máximo al día, los domingos no me levanto y me sobran las minas", cuenta con cara de orgullo. Pablo C. vende coca, pero también la consume. A veces, dice.

-¿Cuánta plata ganas al mes?

-Nunca bajo de los dos palos y medio, nunca. Es variable, pero ni tanto. Cuando tienes un proveedor estable, uno al que le compras siempre y cada vez más, no bajas de cierta cantidad al mes. Siempre tienes plata en el bolsillo. Pero eso no es lo mejor de esta pega. Lo mejor es que tienes libertad, conoces a un montón de gente de círculos que antes no podrías haber conocido, ¿cachái? Yo me muevo entre La Dehesa, El Arrayán y Las Condes, no bajo de la Plaza Italia. Bellavista a lo más. Esos son mis barrios. Lo paso bien, la dura que lo paso bien.

-¿Qué es pasarlo bien?

-Jaranear hartito. Carretear. Igual se trabaja hartito. O sea... no es que te pases el día entero metido en una oficina como lo hacía antes, no. Pero igual lo poco que te mueves es intenso, ¿cachái? Andas atento, vivo, no te puedes equivocar. No puedes confiar en nadie que no cachís o que no venga recomendado. Yo caí en cana una vez y no voy a caer de nuevo. Hay que andar con cuidado, nada más. Fijarte bien en quién es quién y no meterte con torrantes, eso es todo. Yo la paso bien igual. Voy a fiestas, nunca me falta una. A veces voy a dejar el encargo y me quedo. Me invitan. En general, la gente es amable conmigo. Yo igual la sé hacer. No me ando haciendo el simpático ni me quedo si no me invitan. Pero siempre me invitan. Es que siempre ando con algo también. Y si me caen bien, a veces les hago una atención de la casa. Como siempre ando con puro filete, puro filete llega también. Es que a las minitas, compadre, les gusta mucho la falopita. Se vuelven loquitas. No conozco ninguna mina que haya jalado y no le haya quedado gustando. Se ponen más osadas, más agresivas, como que liberan la parte animal, ¿cachái? Y si andái con la falopita, no te faltan compadre. La falopita se paga solita.

Para ser un dealer hay que tener un buen proveedor, una buena mercancía, una buena red de contactos, un celular que funcione, un auto que no falle y un par de amigos para que se preocupen si todo sale mal. Pablo C. tenía todo esto frente a su nariz, todo el tiempo, como muchos, pero la oportunidad no se daba. Hasta que se dio. "La oportunidad hace al dealer", "todos llevamos un dealer dentro" y "un dealer de alguna forma es un salvador", son tres frases para el bronce que Pablo C. pronuncia, inspirado, mientras describe su trabajo.

-Pablo, ¿te gusta lo que haces?

-Sí, me gusta. Harto. Antes, por ejemplo, tenía que andar ratoneando para pagar las cuotas de los préstamos que yo mismo me hacía. Puros problemas con mi mujer (que ahora es mi ex), con mi cabra chica. Puros atados. Un amigo mío con el que me crié vendía y me decía que me metiera, que él me presentaba, y yo le decía que no y que no con la tontera esa de que era ilegal y no se hacía. Pensaba que me iban a pillar y me iban a meter preso altiro, y nada que ver. Si andas vivo, no te pillan nunca. Y si te pillan, sales rapidito, sobre todo si tienes un buen abogado. Yo me gasté tres palos en abogados esa vez que me pillaron, hace dos años, de puro gil. Pero se pagaron altiro. Estuve cuatro días detenido, nada más. Entonces un día ya no daba más y veía como mi amigo andaba en el medio auto, con las medias minas,

cero problemas, y yo cómo huevón trabajando y no surgía nada. No puedes surgir en esta sociedad si haces lo que te dicen. No puedes. Eres una máquina, no una persona, ¿cachái? Y ya. Le dije a mi amigo un día: "¿Sabís que más?, preséntamelo". Y ahí me lo presentó, me cachó que soy derecho y aquí estoy. Quiero puro seguir dándole, ganando, no perdiendo como los giles.

PASTA BASE

"Todos en la casa han estado presos"

Roberto M. tenía 15 años la primera vez que cayó preso. Lo pillaron robando. Siempre robó, pero a los 15 lo pillaron y fue la primera de cinco que cuenta: tres por robo, dos por vender pasta base.

Ahora Roberto M. tiene 22 y vende pasta base hace cuatro años. "Dejé de delinquir cuando empecé a vender pasta, eso fue lo que me sacó de la delincuencia. Se lo debo a mi mujer", cuenta, tal cual, sobándose el tatuaje con su nombre que lleva en el brazo.

Cinco años atrás, mientras sacaba el cuarto medio en una escuela nocturna, conoció a M., y M. se embarazó y apenas Roberto comenzó a dormir en la casa de M., ésta le dijo: "Si cachái movimientos raros en la casa no te sientas mal, lo que pasa es que mi familia mueve pasta", cuenta Roberto. Y bienvenido a la familia: Roberto se unió así a la suegra y el suegro y las seis hermanas de su suegra y a su mujer en la aventura de convivir en una casa de comuna pobre que por esas cosas del progreso y los planos reguladores quedó al lado de una rica. En El Salto algunos ejecutivos bien peinados pasan rápido en sus full equipo por encima de los hoyos para llegar pronto a sus trabajos, mientras en la plaza un borracho le ofrece un par de CAT en \$500 al que se le cruce.

-Yo quería cooperar con la casa y le dije a mi suegra y ahí empecé. Ahora soy el encargado de hacer la compra. Llamo al loco dos veces por semana, le digo cuánto quiero y me dice cuánto sale. Hay que tener la plata justa. El loco llega en el auto, le pasas la plata, te la pasa y se va. No se baja del auto. La pasta llega como un polvo mojado, la envuelves con diario, la pisas y la cueles con una panty. Después la secas más y la cueles de nuevo. De ahí armamos papelillos de luca. Se puede patear con algo, ahí tú cachái. La idea es sacarle el doble a la plata que invertiste. Aquí en la casa vendemos como mil papelillos a la semana. Yo solito me gano como un millón al mes.

-¿Quiénes te compran?

-Son todos conocidos; es que vendimos en la pura casa no más. Nos golpean, los cachamos por la ventana y si no los cachamos, no les abrimos. Casi todos son de 30 para abajo. Llegan cabros de diez y once

años, pero a esos no les vendemos. Tampoco a los que llegan muy angustiados. Son casi todos de aquí, viven o trabajan aquí, pero también llegan unos empresarios en autos bacanes a comprar.

-¿Has estado preso?

-La última vez me fui preso yo. Es que yo soy el hombre de la casa. Casi siempre caigo yo. Mi señora también se ha ido. Todos en la casa han estado presos, una vez por lo menos, hasta mi suegra. Pero ya está viejita, así que hay que aperrar. Igual siempre es lo mismo, cae preso uno y el resto lo saca. Llamamos al mismo abogado, al que le decimos "el abogado del diablo", nos cobra un millón y estamos afuera en cinco días. Yo salí sobreseído en todos los casos.

-¿Por qué te gusta vivir así?

-Igual te acostumbras a no trabajar, a tener siempre plata, a ganarte la plata fácil. Si igual es plata fácil, o sea, no es tan fácil, es rápida, pero si caes preso, puta, no hay precio para la libertad. Igual hay que andar vivo todo el rato, aunque no tengas nada encima. Caminando, si un auto pasa lento al lado tuyo, si un loco te mira mucho, no sé, si hay un mendigo en la puerta, no andas tranquilo. La otra vez hasta le dimos comida a un viejito mendigo que estaba tirado a la salida de la casa, y a las finales sacó la placa y nos allanaron la casa. Cansa esa cuestión. Aburre. Duermes a saltos, sientes cualquier ruido y piensas que te van a reventar la casa. Pero si te gusta lo dulce, ése es el costo, porque esta pega da. Si te lo propones, te da hasta para lujos.

-¿Tu familia de sangre sabe a lo que se dedican en la casa de tu mujer?

-No sé, no se meten. Me dicen que me cuide no más. Yo igual les tiro sus monedas y si me preguntan de dónde las saqué, les digo que se queden calladitos no más. Aquí en el barrio hay varias familias que se dedican a vender. Yo me llevo bien con todos... si igual están arriesgando lo mismo que uno no más, pero si tengo que defender lo mío, lo hago. No le tengo miedo a nadie. Hay mucha envidia. Nos compramos un auto y nos andaban diciendo que lo iban a quemar o que me lo iban a robar. Nunca he matado a nadie, creo yo (sonríe), pero todos en la casa, mi suegra y las tías, tenemos fierros. Inscritos y legales, eso sí.

Roberto M. deja la entrevista para ir al Mall del Centro a comprarle unas zapatillas de \$23.000 a su hermano chico. Roberto M. está juntando dinero para instalarse con un negocio de abarrotes. Algo legal. "Es por mi hija", dice. Y se va.

MARIHUANA

"No hay ninguna venta que pague el hecho de irse en cana"

Humberto (45) no mira a los ojos cuando habla y maneja su camioneta 4x4 que es su "oficina". Y habla poco.

-Es que uno anda rápido, no puede ponerse a conversar en esta cuestión. Yo atiendo el teléfono entre ocho y nueve de la noche, nada más. Ahí le digo a los cabros que me esperen en tal o cual esquina, y no atiendo más el teléfono, recibo puros mensajes: ya llegué, estoy listo... Me muevo siempre entre Ñuñoa, Macul y La Reina, nunca ando por otros lados. Hago la ruta en la mente y no los puedo dejar esperando, viste que ellos también están apurados. Si yo sé cómo es esta cuestión, si yo también fumé cuando era cabro. Entonces, tú me preguntas por qué no converso, por qué no miro: por qué ando preocupado de que no anden pacos o ratis por ahí. No hay ninguna venta que pague el hecho de irse en cana.

Estoy con él mientras reparte. A su lado, su esposa, de copiloto. A mi lado, uno de sus tres hijos, durmiendo. Es una niña, de seis o siete años. Y en la camioneta, cuarenta y seis paquetes de ocho o nueve gramos de marihuana, según la mujer, \$10.000 cada uno. Para doce clientes.

-¿No crees que deberías salir solo a vender?

Me responde E., la mujer:

-No, es más seguro así, que salgamos los dos, o los tres, como familia. Cuando el Humberto anda solo, anda muy presionado, tiene que andar pendiente de manejar, de cachar a los cabros, de que no haya ningún rati. Así trabajamos en equipo, yo ando pendiente y él maneja no más. No nos queremos separar, si al final es plata para la casa. Antes estábamos súper mal, le hacíamos empeño, pero no pasaba nada. Esto nos cambió la vida, para bien y para mal, pero más para bien. Yo lo acompaño a comprar a la Quinta Región, lo ayudo a elegir, a secar, a separar, a hacer los paquetes, ¿por qué lo tengo que dejar solo cuando sale a vender? Además, los pacos nunca van a pensar que andamos moviendo con los cabros chicos atrás, ¿o no?

Y sigue Humberto:

-Lo que pasa es que yo no me siento como cometiendo un delito. Esta cuestión no es nada. Yo me crié en la José María Caro, y ahí hace rato que la angustia (pasta base), el copete y la falopa están dejando la crema. Andaban todos los cabros metidos, todos locos, todos. Para donde vayas es así la cuestión. Nosotros vivimos ahora en La Florida, en una villa piolita, pasamos piolita. Igual se está metiendo la falopa y la angustia, y ahí es donde los cabros empiezan a dejar la escoba para poder conseguirla. Entonces, yo pienso para mí mismo que esta cuestión de la marihuana no es ni droga. Todos los cabros que me compran, o los señores, toda es gente sana, que no arma atados, que tiene sus trabajos y que se fuma un pitito de repente. No me siento

haciendo daño. Ya me ha tocado enfrentar la ley y, la dura, yo cacho que los jueces piensan lo mismo. O si no, no estaríamos acá conversando.

Antes de dejarme en Dublé Almeyda con Macul, Humberto me cuenta que su casa, su camioneta y el colegio de sus hijos ya están pagados. Y que con eso, puede dormir tranquilo.

ÉXTASIS

"Siempre hace falta más dinero"

Lastarria. Sábado, 23:36. Hans (23) podría aparecer en la foto junto a la definición de disc jockey: flaco, bigotito, polera corta y apretada, pantalón a rayas, lentes con marco negro, pelo cuidadosamente desordenado, bolso para vinilos, zapatillas anaranjadas, chicle y cigarrillos, condones en la billetera. Y en un bolsillo con cierre, escondido, un tamborcito de rollo fotográfico con 48 pastillas de ectasy, o éxtasis, o XTC, que se trajo luego de unas vacaciones de un mes en Europa. Mitsubishi, "de Berlín, de las que ya casi no hay", me dice, orgulloso, mientras se prepara para salir a trabajar: mezclar discos y vender pastillas. Lo que hace desde hace un par de años para pagar el arriendo, la ropa cara, los discos importados, el auto taquilla, los gustos de la novia, los otros vicios. Hans viene de una familia con dinero, con títulos y casas y campos y viajes seguidos al extranjero. La pregunta es: ¿por qué? "Porque siempre hace falta más dinero", me dice, y sonrío y enciende uno de sus cigarrillos light.

-¿Para qué quieres más dinero?

-Jajaja. Nunca es malo. Entrás en un círculo de gente interesante, de gente con buen gusto. Yo creo que los diyeis tenemos -sin ofender a nadie- mejor gusto que la mayoría de la gente. Saber elegir un buen tema, fino, te da para saber elegir de todo. Ropa, lugares, accesorios, la misma gente que eliges de amigos es especial. Y para eso necesitas mucho dinero.

-¿Cuánto?

-Relativo. Como diyei, hoy, por ejemplo, me pagan 60 lucas. Y vendiendo 30 pastillitas, me gano 360 lucas, esa es la relación. ¿Entiendes por qué lo hago? Me gusta vivir como vivo, me gusta ir a los lugares que voy, me gusta darme gustos y viajar, y no puedo llegar donde mis viejos, que son ultraconservadores, y decirles, "papá, dame un guatón para gastármelo en un finde, porfa". No se puede. Me gusta ser diyei, pero estoy empezando y aún no me pagan mucho. Pero cuando tengo pastillitas, me salvo groso. Mira, en la Earthdance (una gran fiesta electrónica) del año pasado, por ejemplo, me gané un millón trescientos en tres días. ¿Dónde, poh? Dime: ¿dónde gano esa plata?

Más encima, lo paso bien, hago que la gente lo pase bien, se conecte con la música y viaje. Les regalo una experiencia, ¿cachái?, con algo que nadie ha demostrado que mate. Y lo que no te mata te hace más fuerte, ¿así es el dicho, cierto?

TRIP

"Desperté dos semanas después en una clínica, con dos polis custodiándome"

Ricardo H. (35, alto, teñido, gordo, casado, un hijo y tatuado) escucha hablar a Hans y se pone serio. Ricardo H. vendió trips, estampillas con LSD que traía su abuela y su madre desde Amsterdam tres veces al año, hasta hace dos semanas. Lo dejó, dice. Pero está serio. Sabe y afirma que nunca volverá a ganar la plata que ganó como dealer. Nunca. Y eso lo deprime. Lo que lo levanta son las ganas de limpiarse, de andar tranquilo, de no dormir más en la cárcel, de poder viajar con pasaporte, como la gente, y no tener que entrar a cada país de Europa por la puerta de atrás, con papeles que no son, bajando la mirada ante el primer gringo que sospeche. Y todos sospechan, dice. Y cuenta: "Yo, lo pasé bien y mal. No te puedo mentir que gané harta plata. O sea, me traía diez mil, doce mil dosis de LSD en cada viaje, las vendía a 10, 12 o 15 lucas cada una, y a mí me salían a 3 lucas, máximo. Calcula el margen. Y las vendía en fiestas, o en grupos de locos ultrapiolas. Conocí el mundo así, viejo. Viví en Jamaica, en Colombia, en Brasil, en España, en Francia, en Holanda, en Dinamarca y en Alemania, siempre con mis cartitas bajo la manga. Happy, happy, happy. Pero todo tiene un lado oscuro también..."

-¿Cuál?

-Te empiezas a creer dueño del mundo. Imbatible, te creís superhéroe, que nunca te va a pasar nada, hasta que te pasa. Un día, cuando pololeaba con una colombiana que era hija de un narco, me comí unos globitos con coca, para meterlos a Holanda y venderlos. De repente estaba haciendo la cola en la Policía Internacional, y me fui a negro. Desperté dos semanas después en una clínica, con dos polis custodiándome. Me salvé, pero me estuve preso dos años en Europa. ¿Y crees que me salí? No, me metí más. Pero la última vez me detuvieron en Alemania y andaba con 300 trips en el cuerpo, en la ropa. Me bajaron del tren y los revisaron a todos, menos a mí. No la podía creer. Y decidí salirme, como que esa era mi última oportunidad. Ahora quiero vivir tranquilo, aunque viva con menos plata. Quiero dormir tranquilo.

-¿Y puedes?

-No mucho. Es trabajo y estoy con mi mujer y mis cabros, todo bien, todo tranquilo. Pero no puedo dejar de pensar que, claro, antes vendía muerte, como dicen. Quizás cuántos adictos hay por mi culpa. Pero...

-¿...Qué?

-No puedo dejar de pensar que ahora que no estoy yo, alguien tiene que estar vendiéndoles a los mismos. Y ganando lo que yo ganaba. Y eso me caga la siquis. Siento como que nunca voy a poder dejar de ser un dealer. Aunque no venda, ¿entendís?